





# CAMINOS DE UNA VIDA AMARGA



Ana María Coelho

CAMINOS DE UNA VIDA AMARGA



Primera edición: julio de 2024

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Ana María Coelho

ISBN: 978-84-10400-02-3

ISBN digital: 978-84-10400-03-0

Depósito legal: M-15461-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## Nota de la autora

A todos aquellos que creen fielmente, que todo inicio de año es mágico. O que las energías se renuevan, que se inicia una nueva etapa. Para la desilusión de muchos, les informo de que es solo un día más en el calendario. Un día con su despuntar que nace, madura y muere con la llegada de la noche.

Sin embargo, no puedo decir lo mismo de un cumpleaños, porque con cada año de vida, una persona madura, crece y adquiere experiencias. Este día sí, las energías son renovadas, nace una nueva era, un nuevo año para que cada uno pueda corregir su camino, realizar sus sueños o perdonar a un pasado fallido.

Esta novela está dedicada a todas las Hannys, Marías, Helenas, Veras, Mónicas, Rebecas, Sandras, Alejandras,... que, por desgracia, viven una vida que se repite, independientemente del lugar, del país, de la nación. Porque sus agresores también repiten el mismo patrón, donde muchas se callan, les justifican por la disonancia cognitiva, es decir, la necesidad de excusar los actos de su agresor.



## Agradecimientos

Quiero agradecer a mis hijas, Mónica y Noelia, fuente principal de mi apoyo. A mis padres (in memoria) por tanta energía y confianza. A mis amigas de adolescencia, Mirian y Marli, por todas las aventuras que vivimos juntas y a día de hoy, después de 40 años, seguimos en contacto.

A todos aquellos que he nombrado con sus nombres reales: Vladimir, Marcio, Pig (Jorge), Daniel Anibal, Glaucia, Valeria, Rogerio, Jeferson, Ricardo, Elizabeth, Andrea, Roberto, José Manuel, Laudelina, Paulo Roberto (Nogenito), Ulises, Humberto, Ana, Mirian, Marli, Samir, Moreno, Ademar, Norma, Alfonso, Taylor.

En especial a:

A Luis Vanderlei (Lelo), por ser parte de esta historia.

A José Antonio por todos los buenos momentos juntos.

A Antonius Kraft y su empresa de modelos.

A Daniel Anibal y su infinita fuerza cósmica.

A Andrés (in memoria) y a toda su energía y amor.

A mí misma, por permitirme crecer y madurar como persona.

Y como no podría faltar, a mi editor, que me ha dado la oportunidad de llevar a todos un poco de esta vida llena de aventura.



## Índice

Nota de la autora.....	9
Agradecimientos.....	11
PARTE I El camino del viajero .....	15
PARTE II El regreso al hogar .....	75
Parte III La hija de Afrodita.....	145
PARTE IV El Chalet del barrio de la Móoca.....	285
PARTE V Brasilia .....	363
Epílogo .....	439



## PARTE I

### El camino del viajero

Hanny, poseedora de una belleza natural y común, como la mayoría de las mujeres. Divertida y agradable transmitía siempre una energía positiva. Joven de ojos negros, grandes y profundos, desnudaba el alma con una sola mirada. La melena ondulada del color negro azabache, le caía por el hombro dando a su delicado rostro la ilusión de una adolescente menuda.

Los hombres y también las mujeres caían a sus pies, no sólo por sus encantos, sino también por su delicadeza, energía de vida y liderazgo natural. Podría decirse que era como una sirena que encanta a los marineros con sus melodías, o bien como la serpiente del jardín del Edén. La verdad es que era consciente de su capacidad de retener la atención de cuantos la escuchasen.

Cuando la conocí, estaba casada con un cabo de las Fuerzas Aéreas, que le consumía cada gramo de su esencia vital, con sólo estar a su lado. Siempre tan autoritario, procuraba dejarla en segundo plano delante de los amigos y conocidos. Casi nunca le permitía manifestar sus ideas, con la excusa de que, si alguien le escuchara, podría interpretar mal o le podría ocasionar problemas en el cuartel.

A los ojos de la sociedad, su marido era el hombre perfecto. A ella también le parecía, hasta que se casó con él.

Hanny conoció a Luis en una noche a finales de junio de mil novecientos noventa, cuando aún trabajaba en la sucursal del Banco Sudameris Brasil en la avenida Paulista. Aquel día había tenido una discusión con el director general de la agencia.

—¿Ademar, puedo hablar contigo? —preguntó ella desde la puerta de la oficina del director general.

El director era un hombre de sus cincuenta años, muy bien conservados. Poseía su atractivo. De piel morena y cabellos con alguna que otra cana que le daban a su cara un toque de interesante. Detrás de las gafas, unos ojos marro-

nes, no perdían detalles de los diversos documentos que tenía delante. Era un hombre de negocios, serio y calculador. Sentado detrás de una enorme mesa de roble, llena de papeles, levantó la mano y la balanceó en el aire.

—Claro, pasa.

Ella se acercó con pasos lentos y se puso delante de la mesa.

—Siéntate y cuéntame —le dijo Ademar.

Una vez acomodada, ella posó las manos en el regazo y con voz tranquila, pero firme le explicó su intención.

—Estuve hablando con el director de marketing y me dijo que tiene una vacante —hizo una pausa—. Me gustaría que me trasladaras a este departamento.

Ademar torció el gesto preocupado. Ella era su mejor comercial.

—De manera alguna —dijo tranquilo—. Eres mi mejor negociador.

Ella exhaló el aire despacio. Volvió a llenar los pulmones y lo miró fijamente.

—Ya lo sé, pero estoy cansada de pelear con los clientes por unos miles de cruzeiros, todo para lograr buenos negocios para nuestra agencia.

Ademar tenía dos formas de sonreír; una era la que él aprobaba el negocio. Sonreía satisfecho y sus ojos brillaban, pero cuando sonreía frunciendo la frente, era señal de que no había nada que hacer. El negocio estaba perdido.

De esta segunda manera sonrió Ademar y su voz sonó firme y decidida.

—No hay nada que hablar de este tema. Te quedarás en la agencia, en tu puesto o a la calle...

Ella también era de carácter fuerte, aunque sabía cómo lograr sus objetivos.

—¿Cómo puedes ser tan mezquino?

La sonrisa desapareció de inmediato de los labios del director.

—¿Cómo dices? —le preguntó él.

—¿Prefieres perderme a trasladarme? —dijo ella como jugando la suerte.

—Así es —le contestó el director general, entrelazando los dedos sobre la pila de documentos que tenía delante.

Estaba satisfecho con la decisión que acababa de tomar, pensando que había ganado. Lo que él se olvidaba era que, Hanny, también era una excelente negociadora.

—Pues tú te lo ha buscado. Rescándeme el contrato —dijo ella.

Ademar frunció la frente y entrecerró los ojos. La había subestimado y ahora la discusión se prolongaría.

—Tampoco voy hacerlo. Si quieres despedirte del banco, tendrás que pedir la baja tu misma.

—Eres totalmente injusto —dijo ella levantándose de la silla.



—No, soy justo —puntualizó él, marcando el fin de la conversación.

Antes de salir de la oficina, ella giró y lo miró con desprecio.

—Eres un cretino, no sabes agradecerme a los cientos de clientes que traje para este banco en el poco tiempo que estoy aquí.

Cuando salió, dejó la puerta abierta y vio la cara de los que alcanzaron a escuchar la conversación, boquiabiertos por el coraje y atrevimiento que había tenido de enfrentarse al director general.

Ella deseaba ser trasladada al área de marketing, pero su director no quería separarse de ella, alegando ser imprescindible a su puesto. Y esta era la verdad. Su carácter carismático y romántico a la vez que astuta, lograba convencer a todos de que era la persona idónea para lidiar con sus finanzas. Su relación con los clientes iba más allá de la agencia en que trabajaba. Los clientes la invitaban a salir, a cenar... Y ella salía con ellos y los trataba como amigos de toda la vida. Los llevaba a los mejores restaurantes, a las mejores discotecas y alguna que otra vez, acababan en discotecas de alternes.

Ella era uno más. Y así le veían los clientes y claro está, dejaban su dinero en manos de un amigo, alegando que es mejor que lo cuidara uno de la «pandilla» que un extraño.

Ya con los clientes del sexo femenino tenía otro trato. Se ganaba la confianza de todas las mujeres antes de cerrar cualquier negocio. Muchas de estas mujeres venían por indicación de sus esposos. Y así como a los hombres, ella salía a comer, a cenar, de compras con estas mujeres.

Hanny estaba cansada de este trabajo, decía que le exigía demasiadas horas y salidas con los clientes para comer, cenar y evitar con diplomacia la infinidad de invitaciones para acostarse con ellos, respetando con ética la relación que tenía con sus esposas, las cuales era también cliente suya.

Siempre estaba dispuesta a aceptar lo que fuera por un buen negocio, ser un hombre más en la mesa de final de noche, ir de copas después de cenar, ir a casinos, pero, nunca admitía que uno de estos hombres se metiera en su cama.

Con esta actitud, fascinaba aún más a los clientes masculinos y ganaba la envidia y el odio de sus compañeras de trabajo que, para conseguir un buen negocio, siempre terminaban por acostarse con los clientes.

Su cartera de clientes crecía a una velocidad descomunal. Y sabían que ella cerraba los negocios sin hacer cualquier esfuerzo. Por esta razón, estaba decidida a cambiar las puertas abiertas de la sucursal, por una mesa en un despacho cerrado, en el departamento de marketing.

Aquel día, después de la discusión, ella pasó por su mesa, recogió su bolso, su abrigo y se marchó.

Cuando llegó a la calle, se paró a observar el tráfico humano de la Avenida Paulista. La agencia estaba ubicada en una esquina de la Paulista con la avenida Brigadeiro, justo donde el movimiento de gente es mayor. Serían sobre las dos de la tarde y las personas volvían de la comida, mientras que otras, iban a comer. Era una total locura, aún que bello.

Resolvió meterse entre aquel oleaje humano e ir caminando hasta Santa Cecilia, barrio que solía frecuentar los fines de semana.

Llegó delante del Retró, un Pub Alternativo, y se aseguró de que estaba abierto. Entró, saludó al dueño que era su amigo y fue directamente a la esquina de la barra, donde se sentó en una banquetta. Luego pidió una botella de vodka.

El bar era un antiguo caserón del barrio de Santa Cecilia. En la cochera habían hecho la pista de baile, que se accedía por una escalera interna. Se entraba por otras escaleras laterales, donde su desgastada madera crujía por los años. Al final de estas escaleras se llegaba a un espacio diáfano, con una barra al fondo y mesas con sillas por todos los lados. Al fondo, una puerta daba acceso al patio trasero y al otro lado, a las escaleras que llevaban a la pista de baile.

Ya llevaba allí cinco largas horas, con la botella ya por la mitad y el vodka que ya comenzaba a surtir efecto. El movimiento del bar se constituía en una pareja en una de las mesas del interior y un grupo de jóvenes en el patio trasero.

No vio cuando llegaron, Luis y Marcelo, «los mejores amigos», solo se dio cuenta de la presencia de dos personas en la barra que tomaban cerveza. Observó cómo los dos jóvenes, hablaban y la miraban. Hasta le pareció que sonreían para ella. Así estuvieron un buen rato, hasta que el más joven de los dos, decidió acercarse.

—¡Hola! —le dijo el joven—. Nunca te he visto por aquí. ¿Es la primera vez que vienes?

Como ya estaba bajo los efectos del alcohol, su lengua no la dejaba hablar con claridad, a pesar de que seguía con la mente clara.

—No. Suelo frecuentar este local mucho antes de que tú lo descubrieras —le respondió sin siquiera mirarle.

Marcelo sonrió.

—Pues nunca te he visto...

Antes de que terminara la frase, ella lo interrumpió.

—Mira, no quiero ser grosera, pero no estoy para charlas hoy. ¿Por qué no me dices directamente qué necesitas para que pueda ayudarte a resolverlo? Así podrás volver a lo tuyo cuanto antes, ¿te parece?

Marcelo, un poco cortado prosiguió.

—Es que mi amigo quiere conocerte —y señaló a Luis que ya se acercaba.

—No estoy con ánimo de conocer a nadie... —decía ella cuando de repente llegó a su lado aquel hombre alto con voz firme.

—¿Qué quieres Marcelín? —preguntó el segundo joven al primero.

Marcelo más que de prisa procuró mostrarse todo un anfitrión.

—Quiero que conozcas a... —meneó la mano— ¿Cómo me has dicho que te llamabas?

Ella lo miró fijamente.

—No te lo dije —dijo ella sarcásticamente.

Él ya estaba quedando sin excusas para molestarla.

—En este caso, yo soy Marcelo y este es mi amigo Luis.

Ella le extendió la mano en un acto de saludo cordial.

—Encantada —luego miró a Marcelo—. Ya nos has presentado, ahora déjame en paz —y volvió a apoyar los codos en la barra, dando la espalda a los dos amigos.

De esta vez fue Luis quién intervino.

—Eres de la esta zona porque te conozco, pero no sé de qué.

Ella lo miró interrogativa. Procuraba recordar de la cara de aquél joven que decía conocerla. Cuando volvió a hablar su voz ya no era tan áspera como instantes atrás.

—Vivo a tres manzanas de aquí, en la calle Frei Caneca y trabajo en la agencia del banco Sudameris en la Paulista.

Luis balanceó la cabeza con gesto de confirmación.

—El mundo es un pañuelo, vivo en la misma zona que tú. Vivo al principio de la avenida Brigadeiro.

Ella subió una ceja con aire de sorpresa intelectual.

—¡Qué bien! Me alegro encontrarme a los vecinos por los bares que frecuento —contestó ella indiferente

Luis se colocó junto a ella en la barra.

—¿No crees que ya has bebido bastante? —le preguntó.

Su respuesta fue inmediata.

—¿No crees que esto no te importe?

Pero él no desistió en el primero asalto.

—Si quieres, te acompaño a tu casa —se ofreció él.

Marcelo ya se había apartado de ellos dejándolos solos.

—No gracias, estoy bien aquí.

Ella intentó levantarse de la banqueta en ese momento, pero se desplomó al suelo entre risas y carcajadas. Llevaba sentada en la misma banqueta, junto a la ventana que daba a la calle, desde que había llegado hacía cinco o seis horas.

Desde allí se podía ver la parte trasera de la iglesia de Santa Cecilia.

—Venga que te llevo. No estás tan bien como piensas —le dijo Luis ayudándola a levantarse.

—Estoy estupenda, hoy he pedido que me despidiesen de mi puesto de trabajo. ¿Sabes por qué? Porque son todos unos burgueses de mierda.

Ya no decía las cosas coherentemente y con grande paciencia él le ayudó a incorporarse.

—Sí, ya lo sé, pero de esta manera no solucionarás las cosas.

Al final aceptó la invitación de Luis en acompañarla a casa, aunque a regañadientes. Cogiéndola por el brazo y la cintura, salieron a la calle. La fría brisa de la noche le envolvió el cuerpo y esto le hizo despejar un poco.

Fueron caminando y en medio del camino, ella, un poco recompuesta de la borrachera, comenzó a observar con atención al extraño que caminaba a su lado, sujetándola por la cintura.

Era alto, traía el pelo cortado muy corto, casi al cero. Los rasgos de su cara eran fuertes, pero agradables a la vista. La sonrisa, sí, era perfecta, al igual que sus dientes. Durante casi todo el camino, apenas hablaron. Se notaba que él era tímido.

Fue ella quien rompió el silencio, al observar que su acompañante traía un uniforme de las Fuerzas Aéreas.

—No está muy lejos —dijo.

Anduvieron otros cinco o seis metros, entonces ella paró e indicó que habían llegado. El edificio era antiguo, como la gran mayoría de las edificaciones del centro de São Paulo. Tenía una verja alrededor de un patio con jardines y un parque infantil.

Él le soltó la cintura observando que ella aun bailaba un poco.

—Bien, ya estas a salvo, señorita...

Ella lo miró todavía balanceándose un poco.

—Hanny, Hanny Kalil Curi ¿Y usted es?

Él se sonrojó.

—Por favor, soy muy joven para que me traten de usted, así que tú, por favor. Soy Luis. Luis Vanderlei.

Con el dedo índice lo apunto de los pies a la cabeza.

—¿Eres de las Fuerzas Aéreas?

—Sí —contestó él.

Entonces se apoyó en la portilla que daba acceso al jardín y al portal del edificio.

—¿Y qué te hace pensar que en mi casa estaré a salvo?, o mejor, ¿qué te hace pensar que yo querría venir para casa ahora?

Ella siempre buscaba las cuatro patas al gato. Provocaba a todo que tenía vida, solo para medir la capacidad de comprensión y paciencia. Aunque de esta vez, el ganador fue Luis.

—Una mujer tan bonita y elegante como tú, si esta borracha o bien es porque te ha dejado el marido o es porque se ha muerto. Así que deduzco que en casa estarás mejor que en un bar de mala muerte, bebiendo como una mujer vulgar y siendo una diana fácil para cualquier hombre mal intencionado.

Las palabras de Luis le provocaron arcadas. «Qué machista presumido», pensó ella.

—Estoy borracha porque me gusta beber, además a partir de mañana no tendré que levantarme temprano para ir al trabajo. Me he despedido.

Él notó que ella estaba molesta, pero aun así no pudo callarse.

—Supongo que una joven como tú, de tan distinguido porte, difícilmente podría costear sus caprichos con el seguro desempleo. A menos, claro está, que cuentes con alguien que te respalde financieramente.

Cada palabra de Luis era como una bofetada y la irritación ya era transparente.

—¿Y a ti, que te importa si me mantiene mi padre o no? —entonces se percató de que ya había hablado demasiado y decidió cambiar de tema y de estrategia— Y tú, señor Luis, ¿cuáles son tus intenciones?

Él giró la cabeza para evitar la mirada directa de Hanny.

—Solamente traer a una mujer guapa a su casa y dejarla sana y salva para que nada de malo le pueda suceder.

Ella soltó una exclamación de desprecio.

—¡Bajj! Sé defenderme, ¿sabes? He practicado defensa personal.

—Ya he podido apreciar en el bar como te defendías bien... —dijo al instante que meneaba la mano en acto de reproche.

En aquel instante ambos se miraron y fueron tomados por el lado cómico de la conversación y se rieron.

—Sabes, Luis, en primer lugar, no estoy casada y en segundo, no tengo novio para que se me muera y en tercero, si me emborracho mucho, ya me trae Chiquito, el camarero que sabe dónde vivo, además conoce a mis padres.

Más risas.

Luis sacó una tarjeta de visita y se la puso en la mano, después le ayudó a subir los dos peldaños, a pasar por el jardín y la dejó en el ascensor.

\*\*\*

Despertó al día siguiente con la voz de su madre desde el umbral, diciendo cosas que ella no comprendía. Se incorporó y restregó los ojos.

—Llegarás retrasada hoy, levántate —le decía su madre.

Luego entró y abrió la ventana, dejando que la claridad inundara toda la habitación.

—¿Has dormido con la ropa puesta? ¿A qué horas llegaste ayer? ¿Estuviste bebiendo? Apesta a alcohol...

La voz de su madre le martillaba la cabeza. La mujer hacía preguntas seguidas sin permitir respuesta alguna.

—Mamá, por favor déjame, no me encuentro bien —pidió ella en una esforzada súplica.

Intentó recordar lo que había ocurrido en la noche anterior y sintió algo en la mano derecha. La miró y vio que tenía un papel arrugado. Era la tarjeta de Luis. Entonces recordó al apuesto soldado y el recuerdo le proporcionó una sensación agradable. Sonrió y colocó la tarjeta sobre la mesita.

—¿Adónde piensas llegar con estas borracheras? —le preguntó su madre.

Un hilo de voz le salió de la garganta.

—Mamá...

Pero su madre no le daba la oportunidad para hablar, ni para pensar. Hablaba constantemente, indagando sobre la vida de su hija. Sin embargo, ella sólo quería permanecer en la cama.

—Vas a llegar tarde al banco —dijo la madre, mientras sacaba las sábanas de encima de Hanny en un intento de sacarla de la cama.

—No voy a trabajar hoy. Me he despedido ayer —dijo en el momento que su madre tomó aliento—. He discutido con Ademar.

La madre se calló, la miró sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—¿Y quién es este?

La cabeza le dolía y el estómago daba impulsos de echar fuera lo que aún no tenía.

—Mi director...

Su madre paró al lado de la cama y la ayudó a ponerse de pie. Tenía la expresión de haber recordado quien era el hombre que citaba su hija.

—¿Y por qué discutisteis? — preguntó la mujer con voz comprensiva.

Con la mano derecha, Hanny se sujetaba a la pared y con la izquierda la cabeza.

—Te lo contaré más tarde, ahora déjame, necesito ducharme para despejar.

Antes de salir de la habitación de su hija, su madre aun encontró un modo de reprenderla.

—Ya no te bastan los fines de semana, ahora también coges las borracheras entre semana. ¿Te parecerá bonito, una joven como tú, andando por ahí con tremenda cogorza encima? Lo que tenías que hacer era echarte un novio serio para casarte, ya que no quieres seguir con los estudios... —y terminada la reprimenda, cerró la puerta detrás de sí.

Ella pasó todo el día metida en la cama. No se levantó ni siquiera para comer o cenar. Ya por la noche su padre fue a verla.

—¿Hanny, puedo pasar? —le preguntó su padre desde la puerta.

—Claro papá —respondió ella desde la cama, donde estaba recostada viendo la tele—. ¿Pasa algo?

Su padre se sentó a su lado y ella apagó la tele.

—No. Nada. Es que mamá me dijo que te has despedido del banco, ¿es verdad? —le preguntó con dulzura.

Ella meneó la cabeza en acto de confirmación.

—¿Quieres contarme por qué?

Entonces ella se sentó y recostó la cabeza en el hombro de su progenitor.

—Hay una vacante en el departamento de marketing y publicidad, y pedí a Ademar que me trasladara a este departamento, pero el muy cabrón se ha negado. Dijo que soy indispensable en la agencia. ¿Te parece normal esto papá?

Su padre le cogió la mano.

—No podré decir nada hasta saber toda la historia.

Entonces ella levantó la cabeza y miró a su padre a los ojos.

—Resulta que le he ofendido —dijo—. Le llamé... ¿cómo le llamé? —hizo una pausa para hacer memoria—. ¡Ah sí! Mezquino.

Su padre frunció la frente.

—¿Has ofendido a tu director general?

Un poco cortada, ella contestó:

—Sí, pero fue porque me ha dicho que, si quiero desligarme del banco, tendré que pedir el cese de contrato yo misma.

Su padre recobró la tranquilidad.

—¿Así que no estás despedida aun?

—Pero voy a despedirme mañana —contestó ella con convicción.

Su padre se levantó y con pasos tranquilos fue hasta la puerta, pero antes de salir dio un consejo a su hija. Dijo que tomara la noche de consulta con la almohada, que pensase los pros y los contras de su baja.

La noche pareció arrastrarse por una carretera eterna. Al día siguiente, cuando se levantó, su padre ya la esperaba en el salón, sentado en el sofá, leyendo un periódico.

—Buenos días, hija.

—Buenos días, papá —contestó ella dándole un beso en la mejilla.

El padre tomó un sorbo de café y apartó el periódico a un lado.

—¿Sabes qué horas son? —le preguntó.

—Sí. Voy al gimnasio y luego voy al banco a pedir el cese de contrato.

Su padre la miró inquisitivo.

—¿Así que estás decidida?

Ella se sentó en el sofá, al lado de su padre.

—Sí, a menos que... —dijo dejando un hilo de suspense parado en el aire.

—¿A menos que...? —repitió su padre.

Entonces ella se levantó, cogió la mochila, dio otro beso a su padre y desde la puerta le contestó.

—A menos que me haga una buena oferta de trabajo —dicho esto y cerró la puerta detrás de sí.

\*\*\*

El gimnasio quedaba en la tercera planta del Centro Comercial Paulista, justo al lado de la agencia bancaria donde trabajaba. Normalmente iba allí en su hora de comida, pero aquel día era diferente, todavía era por la mañana. Después de una intensa sección de entrenamientos con equipos, seguía sintiendo la necesidad de liberar la adrenalina, así que decidió participar en una clase de aeróbic.

Estaban unas cuantas jóvenes y mujeres ya maduras esperando para la clase, que duraría una hora aproximadamente. Cuando entró el instructor, para su sorpresa era Ricardo, un antiguo compañero de instituto. Eran del mismo grupo de teatro y también de rebeldía, sin embargo, en aquellos entonces, Ricardo era delgado, algo jorobado y muy tímido, cosa que ahora era solamente un recuerdo, pues se había transformado en todo un atleta. Tenía el cuerpo muy bien definido por los años de ejercicios y cuidados.

Después de la clase, fueron a tomar un zumo para reponer energías y contar sobre los años que pasaron, entre el término del instituto hasta aquel momento. Él le contó haber optado por educación física y que había dado clases en un colegio cercano, pero lo que a él le gustaba de verdad era estar allí, trabajando como entrenador. Dijo que la propietaria del gimnasio le había hecho una oferta genial y que había decidido quedar a tiempo completo. Además, ahora vivía en el barrio de la Liberdade, lo que le facilitaba el desplazamiento hasta el trabajo.



Después de completada las lagunas de tiempo, decidieron cambiar los teléfonos, para no volver a perder el contacto.

Había llegado el momento que Hanny estaba posponiendo desde hacía dos días, enfrentarse a su destino. Sabía que, como Ademar y su padre eran amigos y compañeros de golf, tal vez, solo tal vez, su progenitor ya hubiera hablado con el director de la agencia y las cosas estarían arregladas.

Entró en la agencia por la puerta principal. Esta sucursal era la más grande de toda la capital, ocupaba toda la planta y entresuelo del edificio de oficinas del mismo banco. El edificio con más de diez plantas, tenía las fachadas direccionadas a la avenida Paulista y Brigadeiro de cristales del color azul. Allí estaba ubicada la central administrativa, central de marketing y central directiva.

Hanny entró por la puerta giratoria y levantó la mirada para ver una vez más aquella sucursal que tanto le gustaba. Era un referente de la elegancia francesa en el centro de una de las mayores capitales del mundo. Al lado derecho de la entrada quedaban las mesas de los gerentes físicos, es decir, de personas. Al frente izquierdo estaba la agencia en general; cajeros, personal de recepción. Luego al frente derecho había una enorme escalera de moqueta verde, que llevaba al piso superior, donde, hasta hacía dos días, trabajaba ella, junto con otras tres personas, como secretaria de seis gerentes jurídicos, es decir, de empresas, y el director general de toda la agencia.

Subió los escalones y al llegar arriba vio que su mesa seguía tal como la había dejado. La mayoría de los gerentes estaban fuera, visitando clientes. Sintió que todas las miradas se centraban en ella. Algunos la saludaron, mientras que otros se limitaron a menear la cabeza, con una sonrisa sarcástica en los labios.

Llegó delante de la puerta del despacho de Ademar y con un poco de recelo picó. Una voz en el interior le contestó que pasara.

Ademar estaba detrás de su grande mesa con sus enormes gafas.

—Hola, Hanny —dijo como si no hubiera pasado nada—. ¿Cómo estás?

Ella entró y sin que él le mandara, tomó asiento.

—Bien, gracias —contestó después de sentarse.

Hubo un momento de silencio que fue roto por el director.

—¿Ya decidiste qué quieres hacer? —le preguntó quitando sus enormes gafas y dejando a vista un par de ojos cansados.

—¿Cómo que qué quiero? Ya habíamos hablado y decidido. Me he despedido, solo he venido a recoger los documentos.

Él colocó las gafas sobre una pila de papeles y se levantó pesadamente de su silla. Contornó la mesa y se colocó delante de ella, apoyando su enorme trasero en su propia mesa.